J.H. NEWMAN: DECIR LA FE

En torno a los *Parochial and plain sermons*

Manuel Palma Ramírez

Centro de Estudios Teológicos de Sevilla

Predicados por J.H. Newman (1801-1890) en la parroquia de Santa María de Oxford entre los años 1835 y 1841, los sermones parroquiales fueron compilados en ocho volúmenes que, desde su publicación se convirtieron en un punto de paso obligado para conocer el pensamiento y los fundamentos de la vida espiritual de este personaje central del cristianismo inglés. Muchas de estas homilías, dirigidas específicamente a universitarios, son además una síntesis del corazón mismo de la fe cristiana. La palabra de Newman, transcrita y conservada por siempre en los volúmenes de su obra, es toda ella un instrumento al servicio de la comunicación de los misterios que fundan la religión.

El líder del Movimiento de Oxford, por medio del contacto directo con las fuentes de la Sagrada Escritura y de la Tradición, sobre todo patristica, va mostrando en los sermones el camino que condujo su vida hacia la comunión con el catolicismo romano. Esta itinerario desembocará en la petición de ingreso en la Iglesia católica (1845) y su posterior ordenación sacerdotal en Roma (1847), que él retrató en su famosa *Apologia pro vita sua* (1864), en donde explica a los anglicanos no sólo sus ideas religiosas, sino además la sinceridad de su conversión al Catolicismo. El legado inmenso de Newman, reconocido por el papa León XIII al ser creado cardenal (1879), se expande más allá de su muerte y habría de servir decisivamente

para la preparación del Concilio Vaticano II. Una herencia que alcanza el tiempo actual y que se revitaliza desde su proclamación como beato por el papa Benedicto XVI (2010).

Pero, ¿cómo introducir los principios más fundamentales de unos escritos tan peculiares? ¿Cómo hacer un recorrido coherente a través de esas numerosísimas páginas? Serán tomados como referencia tres ejes, decisivos en el conjunto de obra de Newman y de su misma vida: por un lado, la noción de conversión –en primer lugar, tendrán que ser resaltadas las notas que constituyen el principio vertebrador de la vida nueva que supone el paso de las sombras y de las imágenes a la verdad–; en segundo lugar, la consideración de la vida cristiana pasa por la atención al corazón, como lugar en donde el hombre escucha la voz del Señor y vive la fe; por último, en tercer lugar, habría que rastrear en los *Sermones* lo que Benedicto XVI denominó en la ceremonia de beatificación de Newman «la calidez pastoral». De acuerdo con estos tres ejes, será posible comenzar a vislumbrar la originalidad y la herencia de un personaje siempre sugerente y dotado de una actualidad fundamental para el Cristianismo y el planteamiento de un diálogo con los principios de la cultura.

1. *EX UMBRIS IN VERITATEM*. LAS NOTAS DE LA VIDA NUEVA

Si hay una frase que resume la vida personal del Beato cardenal J.H. Newman es la que se encuentra grabada en su tumba a modo de epitafio: «*ex umbris et imaginibus in veritatem*», desde las sombras y las imágenes hasta la verdad. La vida de Newman está de hecho marcada por la experiencia de la «conversión» es decir el paso de la sombra, de la tiniebla de la imagen, al esplendor luminoso de la verdad. Pero, ¿qué significa en profundidad la conversión? Si Blaise Pascal había enumerado, en el estupor de la noche del fuego, una serie de principios que alteraron para siempre su vida y le hicieron, desde entonces, vivir en Jesucristo –«certeza. Certeza. Conocimiento. Alegría. Paz»–, Newman, converso como el de Clermont Ferrand, resaltará el carácter radicalmente personal de la conversión. Así, del mismo modo que los discípulos fueron llamados por sus nombres, la conversión permite salir del anonimato y entrar en el grupo de los nombrados por Dios. No obstante, a la vez, manifiesta que la

conversión del corazón tiene como horizonte el testimonio público, la comunicación de la verdad.

Por todo, conversión es, desde su propio inicio, sinónimo de muerte: «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no puede dar fruto» (Jn 12,24). La salida de la oscuridad y de la sombra de las imágenes supone la renuncia a un modo de vida que, aunque deja insatisfecho, permite la supervivencia. La conversión implica, según Newman, entrar en la pasión de Cristo: «la Cruz del Señor puede ser llamada el corazón del Cristianismo: el corazón, asiento de la vida, hace que el hombre viva, por eso, aceptar la cruz de Cristo supone vivir en la fe». «La cruz nos llevará a dolernos, al arrepentimiento, al llanto por nuestro pecado junto al sufrimiento de Cristo. Pero todo ese dolor será sobrellevado y desembocará en una alegría superior, mucho mayor también que los goces de este mundo»: morir al hombre viejo para renacer con Cristo a la vida nueva. Una muerte que no nace del esfuerzo y de la auto-imposición, sino del encuentro con Aquel que ha hecho de la entrega en la cruz la norma del amor. Morir, porque el amor de Cristo promete la inmortalidad: dar muerte al hombre viejo, ya que se aguarda el cumplimiento de su Palabra: «es fuerte el amor más que la muerte» (Ct 8,6).

Siguiendo a Newman, podrían ser puestas de relieve cuatro notas esa vida nueva que significa la conversión, en las que son resaltados la radicalidad en Cristo, la apertura de la fe, el vínculo con la verdadera libertad y el nacimiento a una esperanza firme.

Primera: la conversión significa estar radicados en Cristo. «Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura: lo viejo pasó y ya ha llegado lo nuevo» (2Cor 5, 17). La conversión, siguiendo el testimonio de los escritos paulinos, es, para Newman, una renovación que da muerte al hombre viejo y permite radicar-se en Cristo. El que ha sido tocado por la conversión no sirve ya a dos señores, sino que vive en Cristo, obedece sólo a Él. De hecho, la nueva criatura obrada por la gracia de Dios adora a Cristo como Señor y Maestro y lo ama sólo a Él como Redentor misericordioso. Esto, dice Newman, es ser cristiano: «un don que se puede resumir en pocas palabras, que se promete y se concede inmediatamente a cuantos lo piden y, sin embargo, nunca se termina de alcanzar en

esta vida». Vivir las palabras de san Pablo: «no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20), porque Él sostiene la vida, que es *nueva* sólo porque es toda suya.

Segunda: la conversión es la puerta del mundo de la fe. Tener fe significa para Newman «vivir, con profunda convicción, que somos criaturas de Dios; es una percepción práctica del mundo invisible; es entender que este mundo no es capaz de hacernos felices, es mirar más allá de él y ver a Dios, darse cuenta de su presencia, esperar en Él, esforzarnos por aprender y hacer su voluntad y buscar en Él nuestro bien. No es un mero acto, intenso pero transitorio, ni una sensación interior arrolladora, ni una opinión o una impresión que nos sobreviene, sino un estado espiritual firme y duradero. Tener fe –concluye– es poner la vida en Dios, en manos de quien es el Soberano dador de todo bien». Tener fe es vivir en Dios.

Tercera: la conversión es sinónimo de libertad. Ser conducido por Otro lejos de las sombras y ser introducido en la luz de la Verdad significa poder discernir y elegir con verdadero criterio. Si la oscuridad ofusca la libertad y obnubila la conciencia, la conversión libera la libertad y dispone al servicio, a la obediencia a Dios, en quien reconoce el bien mayor. Los justos en la Escritura son aquellos que se han entregado por completo a Dios, los que han vivido la libertad de ponerse en sus manos. Así, Abrahán, dice Newman, «se hizo agradable a Dios porque hizo entrega de sí mismo a Él. Abrahán fue justificado porque su fe abrazaba las promesas de Dios y porque su libertad se entregaba obediente a la Palabra del Señor». Pero también el buen ladrón, que, en la cruz «se sobrepuso a su razón, luchando contra la oscura evidencia, sometió su orgullo, y se volvió a Cristo como su salvador. La libertad se entregó a Aquel que a los ojos de todos aparecía sólo como un compañero de sufrimientos». Aquella confesión expresó el acto de libertad mayor del reo moribundo. Aquella petición con fe es la expresión de cómo la conversión libra de la muerte e introduce en la vida. La palabra del Hijo de Dios al ladrón converso es la señal del don que mueve el corazón y justifica.

Cuarta: la conversión hace nacer a una esperanza firme. Quien ha sido iluminado por Dios deja atrás la noche de los ídolos y es

introducido en la luz de la promesa. En presencia de Dios se da la plenitud de la alegría. Él que es desde la eternidad paz y amor, bendice a sus hijos y los hace partícipes de sí y se implica de este modo con ellos para llevarlos a lo eterno. En la Escritura santa, las promesas de la eternidad y la seguridad van siempre unidas. La esperanza tiene ya una certeza: la paz que procede del descanso en el Señor. La verdad que ilumina la oscuridad del hombre es la comunión con Aquel que, después de trabajar y sufrir, ha abierto el Reino de los cielos a sus hijos. Todos los problemas y las alegrías de aquí, los agobios, temores, dudas, estímulos, pérdidas y logros apuntan en el mismo camino: después del frenesí de la vida, llega el descanso en el Señor, su promesa de paz y alegría. La conversión es para el cristiano el fundamento verdadero de una esperanza que es reposo en Dios.

«Ya que habéis muerto con Cristo, buscad las cosas de arriba» (Col 3,3). En definitiva, la conversión, a partir de las cuatro notas extraídas de los *Sermones* de Newman, significa caminar con Cristo Resucitado: Cristo ha ascendido al Padre y el cristiano es llamado a ascender también con Él. Ha ido al Padre y también los hijos de Dios han de procurar que sus vidas permanezcan escondidas con Cristo en Dios: la conversión abre las puertas a la glorificación con Él. Dice Newman, «afanándonos en las tareas cotidianas, pasando inadvertidos entre la multitud, pero manteniendo abierto ese canal de comunicación con el Altísimo que tantos desconocen». La gente que no conoce a Cristo cifra su felicidad en esta tierra, viven en este mundo y dependen de él. A vosotros, sin embargo, concluye, «no os llamo a dejar el mundo, ni a abandonar vuestros deberes terrenos, sino a la alabanza continua de Cristo: aspirad a las cosas de arriba, demostrando así que sois por completo suyos y que vuestra vida está escondida en Él». Escribe el beato Newman: «con un corazón sacado de entre los muertos, con nuestros afectos puestos en el cielo, damos testimonio de que Cristo vive. Aquel que cree en el Hijo de Dios lleva el testimonio dentro de sí. La Verdad da testimonio por sí misma de su Divino Autor. Quien obedece a Dios a conciencia empuja a los que le rodean a la fe. De este modo, en un mundo tan oscuro, la Verdad hace su camino yendo de mano en mano».

2. COR AD COR LOQUITUR. TESTIGOS DE LA SANTIDAD DEL CORAZÓN

El lema del Cardenal Newman, *cor ad cor loquitur*, «el corazón habla al corazón», expresa con claridad su comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad. Pero, ¿qué significa ésta para el Beato cardenal Newman? Ser santo es vivir según el deseo profundo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios. En los *Sermones*, el corazón no aparece rodeado de ideas románticas y afectivas, sino, en el marco de la tradición bíblica, como el centro de la vida del hombre: de su vida física, de su vida espiritual y de su vida teologal, como el lugar en donde el hombre escucha la palabra de Dios y se deja transformar por Él: «si hoy escucháis la voz del Señor, que no sea duro vuestro corazón» (Sal 94,8). Éste es el corazón que entabla una conversación amigable con el corazón de Dios, «como un amigo le habla a otro amigo». «El corazón –dice Newman– se esconde de la vista, se mantiene cuidadosamente guardado, no es el ojo situado en el rostro, que ve todo y es visto por todos». En lo secreto del corazón, allí donde nadie ve, se deja ver Dios. La palabra de Cristo toca el corazón de sus hijos los llena de íntima alegría: «¡bienaventurados son en verdad aquellos a los que Cristo llama a su lado para convertirse en sus seguidores, amigos y familiares!». Y más bienaventurados si aquellos pueden dejar a un lado los negocios de este mundo con auténtico deseo de corazón, entregándose como ofrenda al que murió por ellos. Estos son los que le siguen allá donde vaya y a los que Él dirige especialmente sus palabras.

La santidad es, de esta forma, el diálogo del corazón sediento del hombre con el Corazón abierto de Cristo crucificado. Él propone una imagen prototípica de esta santidad: María, la hermana de Lázaro, «que ha elegido la mejor parte» (Lc 10,42). Ella es quien, como Moisés alza sus manos a Dios en la oración (cf. Éx 17,11), intercediendo por los que luchan y pasan necesidad en este mundo y, al mismo tiempo, ella es la que medita las promesas del Señor, escuchando las enseñanzas de su Salvador. Elige la mejor parte porque se ha abandonado confiada a su Maestro: no siente necesidad de justificar su vida en los afanes de lo cotidiano, porque habiendo encontrado el tesoro oculto, se ha entregado a Él. Ha confiado en Él por completo, ha descubierto que sólo Cristo ha cargado sobre

sí el destino de su vida y, en consecuencia, no hay lugar para los agobios, porque su corazón ha sido tocado por la Palabra.

Con todo, la Sagrada Escritura está llena de testigos que retratan esa santidad del corazón: el caso del anciano Simeón (cf. Lc 2,28-32), quien, después de años de trabajos, sirve a Dios en su ancianidad con la oración y la contemplación. Su corazón estaba inquieto mientras aguardaba el cumplimiento de la promesa del Señor. Sólo en Cristo, la Palabra hecha carne, su corazón encontró paz y su vida descanso: pues sus ojos han visto la Luz. Toda la vida de Simeón es una espera, pues él vive para ese día en que el Señor refrendará que, como la hermana de Lázaro, también él ha elegido la mejor parte y nadie se la arrebatará. El encuentro con el niño Jesús es el que da valor a su vida y el que permite leerla toda como una aventura de santidad. Él no canta la ejemplaridad de lo que ha hecho en su vida, ni relata sus pensamientos iluminadores, Simeón sólo canta la fidelidad de la acción de Dios y la luz de su Mesías que ilumina a Israel y, por él, a todas las naciones de la tierra. Fue Cristo, sólo Él, quien selló la santidad en su vida, cuando colmó de presencia su espera, cuando pacificó en sus brazos la inquietud de su corazón.

Pero otra imagen de la santidad del corazón que aparece en el evangelio es la de los niños. «También ellos –dice Newman– son partícipes de la suerte de María: hasta que no son arrebatados en el torbellino de las ocupaciones de este mundo, permanecen, en cierto modo, en manos de otros. No pueden vivir apoyados en sí mismos, sino que tienen necesidad de ser atendidos y cuidados por adultos. No tienen capacidad para reflexiones sobre el misterio de Dios, ni entran en pormenores de temas sacros y sin embargo «de los que son como ellos es el Reino de los cielos» (Mt 19,14). Cristo se rodea de niños y pone su corazón como ejemplo: son ellos quienes cuando el Señor «hubo de enfrentarse a su pasión, le dieron la bienvenida con cánticos y lo reconocieron como el Hijo de David». La santidad del corazón pasa por «hacerse como niños» (Mt 18,3): son ellos, limpios de corazón, los que hoy (como el domingo de Ramos) ven a Dios, lo reconocen en el que viene a entregar su vida.

Por medio de su lema, *el corazón habla al corazón*, Newman muestra que la fidelidad a la oración va transformando gradualmente

a quien la pone en práctica hasta hacerlo semejante a Dios. Como escribió en uno de sus sermones, «el hábito de oración es la práctica de buscar a Dios y el mundo invisible en cada momento, en cada lugar, en cada emergencia –os digo que la oración tiene lo que se puede llamar un efecto sobre el alma, espiritualizándola y elevándola. Un hombre ya no es lo que era antes; gradualmente... se ve imbuido e impregnado de principios diferentes».

A ejemplo del Señor que, aunque sus pensamientos eran un continuo servicio ofrecido a su Padre, tenía momentos particulares de comunión con Él, los que buscan al Dios invisible, dice Newman, lo buscan en su corazón y en sus pensamientos escondidos y no a base de palabras exteriores dichas en voz alta como si Él se encontrase lejos. Dios, que sondea lo secreto de los corazones, manifiesta allí que la vida tiene un sentido, que el hombre ha sido creado para una misión, para acoger una tarea de un modo único y personal: «Él no me ha creado para la nada. Haré su trabajo, seré un ángel de paz, un predicador de la verdad: si lo hago me mantendré en sus mandamientos y le serviré en sus quehaceres».

La oración hace posible el encuentro cotidiano con el Señor, por el que el hombre recibe el pan de cada día y la fuerza para encarar al enemigo. El abandono de la oración trae consigo la dureza del corazón y, en consecuencia el sinsentido y la muerte espiritual. Con gran realismo retrata Newman esa situación: «cuando abandonas la práctica de la oración fija, poco a poco te vuelves más débil sin darte cuenta. Sansón no supo que había perdido la fuerza hasta que se encontró con los filisteos. Tú creerás que eres el de siempre hasta que de repente el enemigo caiga con furia sobre ti y tú caigas, también de repente. Poca o ninguna resistencia podrás hacer. Los hombres olvidan primero la oración privada y después, poco a poco, abandonan el camino de seguimiento del Señor. Es el camino que lleva a la muerte».

El Beato cardenal Newman ofrece tres consejos para crecer en la oración del corazón: ante todo, en primer lugar, «para rezar hemos de empezar considerando unos momentos en presencia de quién nos estamos poniendo, que es la presencia de Dios. Conviene llenarse de pensamientos de humildad, como conviene a

las criaturas que dependen en todo de su bondad, como conviene a aquellos a los que aprovecha más el silencio que las palabras ante Aquel que es Santo. La oración es sentarse a los pies de Cristo, como María, para aprender y para hacer su voluntad». En segundo lugar, dice Newman, «es necesario no caer en la distracción y, para ello, fijar la atención mediante la lectura de textos de la Escritura o la repetición de fórmulas de oración, para luego seguir por nuestra cuenta, con naturalidad, añadiendo peticiones propias e íntimas». Como el publicano, al contemplar la grandeza del amor de Dios, el creyente sólo acierta a decir: «Oh Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador» (Lc 18,13). En tercer lugar, es preciso reconocer que la oración es un *don*. Cristo, por medio de ella, ilumina con su gracia a sus hijos y les concede una herencia incorruptible. Aquel que ha acogido el regalo de la oración no sólo no se aparta de sus deberes en el mundo, sino que «queda afectado por las cosas de este mundo complejo. Nada le es ajeno». Los discípulos, que ven como los seguidores del Bautista «saben rezar», reciben la enseñanza del Padrenuestro como un regalo y un modo de vida (Lc 11,1).

J.H. Newman, por la oración, reconoce en la llamada de Cristo la meta de su vida. Decía Benedicto XVI en la homilía de la misa de su beatificación en 2010 que «el servicio concreto al que fue llamado el Beato John Henry Newman incluía la aplicación entusiasta de su inteligencia a muchas de las más urgentes *cuestiones del día*. Sus intuiciones sobre la relación entre fe y razón, sobre el lugar vital de la religión revelada en la sociedad civilizada, y sobre la necesidad de una educación esmerada y amplia fueron de gran importancia».

Toda su obra, inmensa en escritos literarios, teológicos y filosóficos, tiene sin embargo una referencia: el Corazón de Dios que le habla al corazón, Dios que confiere la santidad a su vida, otorgándole la gracia de elegir la mejor parte y alcanzar así felicidad. Parafraseando las palabras del propio Newman: «Él que le ha permitido sentarse a sus pies a escuchar su palabra, o ungir sus pies con ungüento y besárselos, Él, a su vez, como hizo antes de su pasión mostrando su gran humildad, se ceñirá la cintura, le hará sentar a la mesa y acercándose le servirá».

3. HOMBRES, NO ÁNGELES. IMÁGENES DE LA «CALIDEZ PASTORAL»

La visión que tiene el Beato cardenal Newman del ministerio pastoral bajo el prisma de la calidez y la humanidad está expresada en uno de sus famosos sermones: «Si vuestros sacerdotes fueran ángeles, hermanos míos, ellos no podrían compartir con vosotros el dolor, sintonizar con vosotros, no podrían haber tenido compasión de vosotros, sentir ternura por vosotros y ser indulgentes con vosotros, como nosotros podemos; ellos no podrían ser ni modelos ni guías, y no te habrían llevado de tu hombre viejo a la vida nueva, como ellos, que vienen de entre nosotros». El sacerdote ha sido puesto como mediador a imagen del único Sacerdote-Cristo. Como Cristo, que compartió en todo nuestra condición menos en el pecado, el sacerdote tiene en común cada desvelo y cada sufrimiento con su pueblo, para hacerse cargo de su realidad e interceder por él ante el Padre. El sacerdote se entrega a Dios cada día (y así realiza su condición sacerdotal) para que su pueblo alcance la Gracia. Nada es indiferente al sacerdote, que es el hombre de la compasión.

Newman vivió profundamente esta consideración tan humana del ministerio sacerdotal en sus desvelos pastorales por el pueblo de Birmingham, durante los años dedicados al Oratorio que él mismo fundó, visitando a los enfermos y a los pobres, consolando al triste, o atendiendo a los encarcelados. No sorprende que a su muerte, tantos miles de personas se agolparan en las calles. ¿Cómo entender esa calidez pastoral que, a juicio de Newman, habrá de caracterizar a los sacerdotes y que identificó su ministerio? Leyendo algunos sermones de Newman, podríamos hacer referencia a tres imágenes.

Primera imagen. En David, el Señor ha buscado un hombre según su corazón. A veces, el cristiano puede dejar en el olvido el testimonio de fe que supone la vida de David. Newman afirma que con mayor rigor incluso que a Abrahán le fue dado a David obrar y sufrir esa vida de fe, por la que los antepasados recibieron un testimonio. Por la fe, David anduvo errante, necesitado, atribulado y maltratado, perdido por desiertos y montes, por cuevas y cavernas de la tierra. Pero, gracias a esa misma fe sometió reinos, ejerció la justicia, alcanzó las promesas y fue valiente en la guerra (cf. Hb 11). También en los primeros años de su vida, vagando

de un sitio a otro, en huida permanente, encontramos en David ejemplos de debilidad y de incoherencia y algunos elementos que llaman la atención en alguien que ha recibido de Dios tantos dones. Con todo, hay una Gracia que lo mantiene: ha sido elegido por Dios. El Señor, de acuerdo con las palabras proféticas de Samuel a Saúl, «se ha buscado en él un hombre según su corazón para constituirlo guía de su pueblo» (1Sam 13,14). David fue sacado de entre las ovejas para pastorear a su pueblo Israel: su poder real lo llevaba a actuar no tanto desde Dios cuanto por Dios y en lugar de Dios. David enseña a las generaciones el oficio del pastor, por eso es imagen de Cristo. «Ser pastor –dirá Newman– significa hacer la voluntad de Dios, someterse a la prueba hasta ser hallado fiel. ¿Qué dice esto al ministerio de los sacerdotes? El sacerdote es pastor a imagen de Cristo, ha sido llamado «hombre según el corazón de Dios». Esa es la medida de la vocación que sitúa en el camino de Cristo: el corazón de Dios; ese es el significado de su llamada y, al mismo tiempo, la exigencia de su servicio sacerdotal: entregado como manifestación del amor de Dios, de su corazón que lo ha llamado de entre los hombres.

Segunda imagen. Las lágrimas de Cristo ante Lázaro muerto. ¿Por qué llora el Señor ante su amigo difunto si una palabra podía devolverle la vida? Este acontecimiento de la vida de Cristo pone de relieve algunas características importantes de su pastoral. Cristo lloró, antes de nada, por compasión con el dolor de los demás. El Señor siente «simpatía» por las lágrimas de los otros hasta la conmoción. Se manifiesta así su corazón compasivo, lleno de ternura y de misericordia. De Dios no podía el hombre conocer la simpatía, sólo cuando tomó carne y apareció sobre la tierra se manifestó como compasivo. Él ha tomado un cuerpo, para que sus pensamientos, sentimientos y afectos pudieran corresponder con los de los hombres y poder, de esta manera, hacer ver su ternura y su misericordia por ellos. El llanto de Cristo es así la manifestación del amor de Dios, de las entrañas compasivas del Todopoderoso y Eterno: las lágrimas de los hombres tocan las entrañas del mismo Dios, lo mismo que su miseria le arrastró a bajar a este mundo.

Tenía el oído abierto y el sonido del llanto alcanzó enseguida su corazón: Cristo mira a su alrededor y ve una muchedumbre en duelo –todo le habla de sufrimiento– y ve además a su amigo

Lázaro muerto. El amor de Cristo por Lázaro es imagen de su amor único por cada persona y su llanto es al mismo tiempo un llanto emocionado: aunque todo parezca triste y sin solución, a pesar de los lamentos de los amigos, a pesar del cadáver y de la los que cerraba la tumba, Él tiene un poder que vence a la muerte y está a punto de emplearlo: Cristo da ahora la vida a Lázaro a costa de la suya propia. Si con sus discípulos se había retirado a Judea para evitar la persecución de los que querían acabar con su vida, la vuelta a Jerusalén supondrá su captura inmediata y su crucifixión. Él ha puesto en práctica el amor más grande, aquel que da la vida por los amigos. Lázaro vuelve a la vida y él baja a la tumba que su amigo abandonaba: lo que había hecho con Lázaro es una imagen de su vida que se entrega por todos, la prueba evidente de que estaba a punto de abrir el Reino de los cielos a todos los creyentes.

Después de este comentario, concluye Newman, la historia de Lázaro revela que no es posible en absoluto la duda: pues Él piensa en cada persona, desde el principio conoce su dolor, aunque por el momento se mantenga a distancia. ¿Qué dice Cristo de la pastoral del sacerdote en este acontecimiento? ¿A qué llama Cristo al sacerdote a la luz de sus lágrimas? La compasión del sacerdote, a imagen de la de Cristo, es sintonía con los dolores de este mundo, pero al mismo tiempo es sanación y vida: pues la entrega de Cristo abre las puertas del sentido incluso al sufrimiento. Como el Señor piensa en cada uno de los que él ha elegido, así el sacerdote está llamado a conocer a su pueblo, a entregarse por cada persona. Darse a los otros implica la muerte a uno mismo: morir para entregarse, aceptar el sacrificio para amar. Esa es la segunda imagen que identifica la calidez pastoral de la que Newman habla.

Tercera imagen. Buscar cobijo. Casi todos los hombres, tanto si eso les mueve a volver a Dios como si no, sienten en sus vidas que lo que les rodea no es suficiente para su felicidad. Aunque no acepten a Dios, no dejarán de buscar medios para compensar esa carencia. Al hombre le es inherente encontrar un refugio, un abrigo, un hogar. El lugar de refugio que Dios tiene preparado para él es Cristo. Así es como Cristo encuentra a los hombres: insatisfechos, moviéndose entre sombras, persiguiendo sólo imágenes que se escapan cuando pretendieran alcanzarlas.

Cristo, al ascender al cielo, ha dejado en el mundo algo que no existía antes: un hogar secreto para que lo disfruten la fe y el amor. ¿Cuál es ese hogar para el hombre? La Iglesia. La Iglesia de Dios es el hogar que Él ha provisto para el hombre. El templo de Israel se reducía a un lugar físico, no podía ser hogar para el mundo entero, pero el templo de Cristo está en todas partes: en cada lugar «donde dos o tres estén reunidos en su nombre» (Mt 18,20).

Nadie puede sostenerse solo, por ello, Jesús se ofrece como refugio para el que camina, Él es casa de salvación. ¿Acaso la tarea del sacerdote no es la de disponer una casa acogedora para que cuantos se sienten desamparados encuentren a Dios? La tercera imagen del sacerdote es la hospitalidad: la calidez pastoral se pone de evidencia, en los sermones de Newman, como acogida: «¿Estás afligido? Pues reza. ¿Estás alegre? Canta salmos. ¿Te encuentras solo? Se aliviarán tus pensamientos con la realidad de esos hermanos que no ves. ¿Sientes la calumnia de otros? Siente el apoyo. Cuando los problemas, los desengaños, las ocupaciones tocan la vida de las personas, ¿qué hacen? Recurrir a la familia y rodearse de la caridad de la vida doméstica. Este es el don del que disfrutamos en la Iglesia de Cristo: somos acogidos como miembros de una familia para vivir una caridad que vence el peso de lo cotidiano».

Ser sacerdote: elegido para el oficio de pastor, compasivo y dador de cobijo. Esas tres imágenes, de un modo original resumen la calidez pastoral con la que Newman describe el ministerio de los sacerdotes. Un sacerdocio que tiene su fuente y su principio en el maná espiritual que es la Eucaristía. «Si el maná que los israelitas recibieron en el desierto era un auténtico don, que se tomaba y se comía; el maná de la Iglesia es el don de su Cuerpo y de su Sangre, realmente entregados, tomados y comidos como podía hacerse con el maná, en un tiempo y en un lugar determinados, en el tiempo y el lugar en el que se celebra la Eucaristía». Concluye Newman: «pidamos a Jesús el firme deseo de buscarle, una gran sed de su presencia eucarística y la alegría de saber que allí se le puede encontrar».